D O S S I E R

la escuela, un lugar de función paterna

E. FALCÓ

Psicoterapeuta formada en psicoanálisis y maestra.

Mi formación y mi praxis profesional siempre se han situado entre el mundo de la psicología y el de la pedagogía y, desde hace algún tiempo, siento el deseo de transmitir y compartir algunas reflexiones que mi experiencia ha suscitado. Y la escritura es un buen recurso para ello.

Me gustaría hablar aquí de la importancia que, según he aprendido, tiene dentro del mundo de la pedagogía la función de la espera, de la frustración, de la paciencia y del esfuerzo, como elementos que fomentan el crecimiento psíquico y la maduración personal.

Aspectos relacionados con la denominada función paterna, concepto procedente del psicoanálisis y que está en la base del acceso al mundo simbólico. Paso, pues, a desarrollarlo.

Al surgir la primera producción –hablar y después escribir–, o sea el lenguaje, se inauguró el deseo de expresarse y comunicarse, de dejar una huella personal que trascendiera la muerte física.

En consecuencia, se abrirá la puerta de lo simbólico: el mundo de la mente, de las imágenes y fabulaciones, de los deseos, de la visita a todas las realidades posibles, evidentemente del juego y la fantasía...

Pero para hablar de esta función hemos de ir primero, a la relación con la primera persona de nuestra vida, porque cronológicamente es anterior y la posterior función paterna dependerá de ella.

Es importante decir, a título de inciso, que aunque tanto la función materna como la paterna es una actuación que habitualmente hacen una madre y un padre, también la pueden hacer otros individuos o elementos.

La persona y la función están separadas y no son una misma cosa. La función es simbólica y, por lo tanto, independiente de la persona real. Más adelante lo retomaremos.

El embarazo y el primer tiempo de vida provocan un tipo muy específico de relación. La mujer que lleva el embrión en su vientre, lo vive como algo suyo, querido o rechazado, pero suyo a fin de cuentas y, aunque nada sepamos sobre la experiencia del embrión, podemos acceder a

nebulosos recuerdos que nos acercan a lo que denominamos fusión, donde puede existir la ilusión de que uno se funde realmente con el otro y, en consecuencia, se con-funde.

Dentro de este estado no hay individuación. Allí existe una simbiosis, o sea, un intercambio activo destinado a mantener esta situación. Podemos dar una imagen fabulada conocida en la religión católica: el paraíso terrenal. Es un estado necesario para el buen desarrollo del embrión primero y para el buen crecimiento físico y psíquico del individuo después, durante los primeros tiempos de vida.

Este espacio de "con-fusión" es un espacio pulsional, porque hay emociones vinculadas a zonas corporales. O sea se siente emocionalmente con el cuerpo. Es un espacio dónde se goza.

"Gozar" en psicoanálisis no es sinónimo sólo de placer sino que incluye el dolor. Quiere decir ponerse plenamente al servicio de esta simbiosis, la cual, por otra parte, es única y específica en cada caso. Además de amorosa, puede ser dolorosa, incómoda e, incluso, asquerosa y aterradora; pero la simbiosis tiene una finalidad prioritaria: su perpetuación.

Es aquí dónde entra el tercer personaje de la historia, el que justamente hace que este equilibrio simbiótico no se pueda consolidar eternamente y, sin intención de hacerlo, lo rompe. Lo desequilibra porque, al entrar en escena, provoca que los otros dos personajes miren hacia él y, por lo tanto, dejen de mirarse mutuamente y en espejo.

¡Y se crea el vacío! Surge el malestar y aparecen los sentimientos hostiles, tales como la rivalidad (envidia, celos), la agresividad y el miedo. Sentimientos que tienen la función de separar y, en consecuencia, son necesarios para el crecimiento humano. Negarlos no quiere decir que no existan. En realidad, lo único que hacemos es proyectarlos en otro para no tener que vivirlos personalmente, o bien, camuflarlos detrás de otros sentimientos más soportables.

Y aquí volvemos a remarcar que la función no está sólo vinculada a una persona. La función de tercero la puede jugar cualquier elemento capaz de atraer suficientemente la atención de uno de los dos individuos en cuestión, tales como determinados intereses, aficiones, trabajo, etc.

Por lo tanto, la función paterna es, en un primer momento, dolorosa porque rompe esta simbiosis. Poco a poco y en la medida en que se puede aceptar el vacío, éste se puede convertir en estimulante y en un incentivo para crecer. Si se puede reconocer y soportar, podrá irse llenando con construcciones personales.

Es a partir del vacío desde donde surgen las preguntas y, por lo tanto, los deseos. Y, en consecuencia, la expresión y comunicación humanas. Éste es el motor que pone en marcha al individuo, que lo hace volar. Que lo estimula a conocer, a querer saber, a querer aprender. Esta es la primera motivación para el aprendizaje.

Hablamos de la creatividad, de las capacidades del individuo para disfrutar de sus producciones,

sean del tipo que sean. Del placer de descubrir, de investigar, de equivocarse, en definitiva, de hacerse un hombre o una mujer libre, capaz de tomar decisiones y de proporcionarse bienestar.

Es un placer basado en la satisfacción de producir algo reconocido y aceptado dentro de la colectividad. Es una satisfacción que habita el mundo mental, simbólico pero que sus efectos son visibles y constatables en el mundo real.

Por lo tanto, la función paterna provoca cambios profundos y significativos en el individuo. Y es aquí dónde la escuela entra en juego. Si, tal y como decíamos, la función está desligada del individuo real, la escuela en este sentido, es un espacio de función paterna.

La función de la escuela es la de motivar a sus alumnos a abrirse al mundo social y poder aprender habilidades que les permitan relacionarse y adaptarse a él. Para poderlo hacer, hace falta romper un equilibrio.

Por lo tanto, la escuela también es un elemento que separa. Separa al individuo de la protección y dependencia familiar para abrirlo a la comunidad de los iguales, elemento que da pie a los sentimientos hostiles. Es un proceso de adaptación doloroso porque interrumpe y pone fin a un equilibrio y provoca una transformación, de forma que el individuo ya no volverá a ser el mismo, ya que a lo largo de este proceso, se habrán producido cambios irreversibles.

El individuo deberá poner en marcha recursos desconocidos hasta ahora para interactuar y hacerse un lugar de reconocimiento dentro de su colectivo y, para conseguirlo, tendrá que entrar en conflicto y aprender de estas experiencias.

Por otra parte, existe la expectativa de que la escuela ofrezca al individuo las herramientas necesarias para poder volar (aprender) satisfactoriamente. Y se espera que éste lo consiga. Por este motivo, es un espacio dónde se generan conflictos, los conflictos inevitables de un proceso difícil, como lo es cualquier proceso de aprendizaje, el cual, si es significativo, siempre va acompañado de un crecimiento y maduración personal.

Conflictos que surgen de un vacío y giran alrededor de preguntas: qué tengo/qué no tengo, qué sé/qué no sé, qué quiero/qué no quiero, por qué tengo/no tengo, por qué sé/no sé; siempre en comparación y relación a una colectividad.

También, para conseguir el movimiento mental de aprender, hace falta focalizar la atención, concentrarla en un punto y por lo tanto, se hace necesario poner límite a otras necesidades personales. En este sentido, aprender quiere decir también, hacer espacio interno, contener, para poder posponer estas necesidades, guardándolas, en espera de poder ser escuchadas más tarde. Y aquí tenemos pues, el aprendizaje de la paciencia, de la frustración, de la renuncia inmediata, del aburrimiento. Si no se puede renunciar a atenderlas de forma inmediata porque son demasiado lacerantes o arcaicas y se han corporeizado, invadiendo la globalidad del individuo, evidentemente que obstaculizarán este proceso.

D O S S I E R

Así pues, desde la escuela, podemos ayudar al individuo a soportar este vacío, acompañándolo en el proceso de llenarlo en forma de adquisiciones personales, de nuevos descubrimientos y habilidades, de nuevas capacidades e intereses, en una edad todavía muy plástica y moldeable.

Por último decir que, en la base de cualquier aprendizaje está la motivación y para estar motivado se ha de haber podido, al menos, intuir el placer por las producciones simbólicas, empezando por la primera: el lenguaje.

Podemos decir que, en la ontogénesis, el primer efecto indicador de que la primera función paterna ha actuado con éxito, es la apertura a la comunicación. El deseo de expresarse hace abrirse a la relación con los otros. Por esto podemos concluir que muchas dificultades de aprendizaje tienen que ver, en última instancia, con un lenguaje poco instalado, que genera una dificultad para comunicarse y por lo tanto, para relacionarse. Y la escuela, puede contribuir a provocar cambios en este sentido.

Tal y como decíamos antes, si somos conscientes de su función paterna, podremos colaborar a que el individuo desarrolle el aprendizaje de la renuncia a lo inmediato, posponiendo las necesidades personales más impulsivas, haciendo, de esta manera, más espacio para el lenguaje y, por lo tanto, para todas las realidades y producciones simbólicas.

Y por último, también a sabiendas de que el funcionamiento grupal estimula al individuo a poner en funcionamiento su proceso madurativo, a partir de las identificaciones con otros iguales y puede convertirse en un buen espacio contenedor si se consigue crear, dentro del grupo, una dinámica dónde los deseos de construir y crecer prevalezcan por encima de los regresivos y/o destructivos.

El hecho de que en este artículo no haya citas bibliográficas está deliberadamente previsto puesto que lo que pretendía era utilizar determinados conceptos de la psicología, del psicoanálisis en concreto, para reflexionar sobre mi práctica, en un intento de explicarlos a mi manera siempre a partir de mi experiencia, traduciéndolos a mi propio lenguaje.

Podríamos decir que es el resultado "incorporado" de todas mis lecturas sobre psicoanálisis, que incluyen tanto las fuentes (Freud), como sus principales seguidores (A. Freud, Lacan, Klein, Winnicott, Sullivan, Horney y tantos otros), y también el de otras muchas lecturas, especialmente las de los grandes psicopedagogos, tales como Piaget, Wallon, Freinet, Decroly, Vigotzky, Watzlawick, etc.